

libro italiano de *Il Peregrino*, compuesto por Jacopo Caviceo y dedicado por él en 1508 a la duquesa de Ferrara Lucrecia Borja (1). El *Peregrino* no es sólo novela de amores, sino también de aventuras y de viajes; abunda en episodios ingeniosos, aunque no siempre honestos, y a pesar de la afectación del estilo, que es archilatinizado, se comprende que en su tiempo gustase. En castellano tuvo seis ediciones; por lo menos, y aunque el Santo Oficio la puso con razón en sus *Indices* desde 1559, creemos que sirvió de modelo a Jerónimo de Contreras para su *Selva de aventuras*, y que del título por lo menos se acordó Lope de Vega al escribir *El peregrino en su patria*.

Tanto el libro de *Peregrino y Ginebra* como el de *Lucindaro y Medusina* marcan un intento de renovación en el contenido y forma de la novela sentimental, que reducida a sus propios y escasos recursos no podía menos de caer en gran monotonía. Falta en ella lo que el vulgo de los lectores de este género de libros busca con preferencia: el interés de la acción exterior, los lances complicados y de difícil solución, que sin llegar a la maquinaria extravagante de los libros de caballerías, pudieran mantener gustosamente entretenida la curiosidad del lector, llevándole por peregrinos rodeos al desenlace. Satisfacían en parte esta necesidad las novelas bizantinas, cuyo carácter procuramos determinar al comienzo de este tratado. La erudición del Renacimiento las había desenterrado, y ya las principales corrían en lengua vulgar a mediados del siglo xvi. Heliodoro y Aquiles Tacio suscitaron muy pronto imitaciones, y en España se escribió la más memorable de ellas, los *Trabajos de Persiles y Segismunda*, precedida por alguna otra no indigna de recuerdo. Pero antes de tratar de ella, diremos dos palabras sobre los intérpretes castellanos de uno y otro novelista griego.

La más antigua traducción del *Teágenes y Clariclea*, que sería probablemente la mejor, no ha sido descubierta hasta ahora. Consta que la hizo el docto helenista Francisco de Vergara, catedrático en la Universidad de Alcalá, discípulo de Demetrio el cretense y autor de la primera Gramática griega de autor español que se usó en nuestras aulas. Andrés Scotto y Nicolás Antonio (2) se refieren vagamente a un códice de su versión del *Teágenes* que se conservaba en la librería del Duque del Infantado, pero no existe ya entre los restos de aquella famosa biblioteca, incorporada después a la de Osuna y últimamente a la Nacional de Madrid.

Francisco de Vergara falleció en 1545, dejando inédito el *Teágenes*, y fué gran lástima que en vez de su trabajo se imprimiese otra versión ni buena ni directa, sino sacada servilmente de la francesa de Jacobo Amyot por un *secreto amigo de su patria* (¿caso un protestante refugiado?) que lo entregó a las prensas de Amberes en 1554. En la por-

*fructo que más agrada a su gusto. Fue impressa en la insigne y leal ciudad de Sevilla por Jacobo Cromberger, alemán. Año de mil y quinientos y XXVII a XXVII de enero. Fol. let. gót. (Biblioteca Imperial de Viena).*

Se citan otras dos ediciones de Sevilla y Salamanca, 1548, y dos sin lugar ni año. La obra original italiana había sido impresa en Parma, 1508.

(1) Vid. un estudio sobre esta novela en el libro de Adolfo Albertazzi *Romanzieri e Romanzi del Cinquecento e del Seicento* (Bologna, 1891), pp. 7-33.

(2) *Heliodori denique Æthiopicam historiam lepidissimam in gratiam civium, quod male conversa vulgo legeretur, sua lingua de Græcis loquentem fecit, eamque apud Carracam, quæ hodie Guadalquivar, in Bibliotheca ducis Infantatus, cui dedicauerat, latere audio.*

(*Hispania Bibliotheca seu de Academiis ac Bibliothecis... Francoforti, apud Claudium Marnium et hæredes Ioan. Aubrii. M.DC.VIII.* Obra del P. Andrés Scotto, cuyas iniciales están al fin de la dedicatoria A.-S. *Peregrinus*. Pág. 555). N. Antonio copia esta noticia sin añadir nada.

¿Cuál sería la mala traducción de Heliodoro anterior a la de Vergara a que se refiere Andrés Scotto? No puede ser la del anónimo de Amberes, que no apareció hasta 1554, nueve años después de la muerte de Vergara, a no ser que supongamos una edición anterior.

tada confiesa lisa y llanamente el origen del libro: *Historia Ethiopica, trasladada de frances en vulgar castellano... y corregida segun el Griego*; pero de tal corrección dudamos mucho, porque si el traductor era capaz de leer el texto griego, para nada necesitaba recurrir al francés, ni menos emplear el original como supletorio, y además el prólogo mismo en que se habla de correcciones y de cotejo de varios ejemplares está traducido de Amyot, como todo lo restante (1).

Las traducciones de Amyot, especialmente su *Plutarco*, hacen época en la historia de la prosa francesa; pero el calco del anónimo de Amberes, en estilo incorrecto y galicano, no podía contribuir mucho a la popularidad del *Teágenes* en España, así es que en esta forma sólo fué reimpresso una vez, en Salamanca, 1581 (2). Pocos años después cayó en manos de un nuevo traductor, que tampoco sabía griego, pero que tuvo el buen acuerdo de guiarse por la interpretación latina literal del polaco Esteban Warszewicz, y encontró además un helenista de mérito que le hiciese el cotejo con el original. Tal fué la labor no despreciable del toledano Fernando de Mena, asistido por el Padre Andrés Schoto, flamenco de nación y profesor de Lengua Griega en la Universidad de Toledo. En esta forma apareció nuevamente la *Historia de los leales amantes Teágenes y Clariclea*, en Alcalá de Henares, 1587, y obtuvo hasta cinco reimpresiones, una de ellas la de París, 1615, algo retocada por el famoso intérprete y gramático César Oudín (3). En esta versión de Mena, pura y castiza, aunque algo lánguida, se leía aún el *Teágenes* a fines del siglo xviii, como lo comprueba una edición de 1787, sin que prevaleciese contra ella la redundante y culterana paráfrasis que en 1722 había publicado D. Fernando Manuel de Castillejo con el título de *La Nueva Clariclea* (4). Nada puedo decir de la traducción o imitación en quintillas del médico de Granada D. Agustín Collado del Hierro, pues sólo la conozco por una referencia del *Fénix* de Pellicer (5) y por la noticia de Nicolás Antonio. Pero de la influencia persistente de Heliodoro en nuestra literatura da testimonio no sólo el *Persiles*, donde la imitación del *Teágenes* es menor de lo que generalmente se cree y de lo que da a entender el mismo Cervantes, sino la comedia de

(1) *Historia Ethiopica. Traslada de frances en vulgar castellano, por un secreto amigo de su patria y corrigida segun el griego por el mismo, dirigida al ilustrissimo señor, el señor Don Alonso Enriquez, Abad de la villa de Valladolid. En Anvers, en casa de Martin Nucio. M.D.LVIII. Con Preuilegio Imperial.* 8.º. Es libro bastante raro, que se ocultó a la diligencia de D. N. Antonio.

(2) De esta edición de Salamanca, en casa de Pedro Lasso, 1581, sólo he visto un ejemplar falto de los primeros folios en la Biblioteca Nacional, entre los libros que fueron de D. Agustín Durán.

(3) *La historia de los leales amantes Teágenes y Clariclea. Traslada agora de nueuo de Latin en Romance por Fernando de Mena, vezino de Toledo. Dirigida a don Antonio Polo Cortes, señor de la villa de Escariche: y Patron del monesterio de la purissima Concepcion de Nuestra Señora de dicha villa. Con privilegio. Impresa en Alcalá de Henares, en casa de Iuan Gracian. Año 1587.*

—Barcelona, Geronymo Margarit, 1614.

—Madrid, Alonso Martín, 1615, añadida la vida del autor y una tabla de sentencias y cosas notables.

—París, 1616, en la imprenta de Pedro Le Mur. Vista y corregida por César Oudín.

—Madrid, por Andrés de Sotos, 1787, en dos volúmenes.

De todas estas ediciones y de sus preliminares se da más extensa noticia en un erudito artículo publicado por D. J. L. Estelrich en la *Revista Contemporánea* (15 de julio de 1900).

(4) *La Nueva Clariclea, o Nueva Traducción de la novela de Theágenes y Clariclea, que con título de Historia de Etiopia escribió el antiguo Heliodoro. Sacóla a luz Don Fernando Manuel de Castillejo. Año 1722. En Madrid: por Manuel Roman.* 4.º.

(5) «Imita también a Claudiano en la traducción docta de Heliodoro D. Agustín Collado, comparando a Clariclea al fénix».

(*El Fénix y su historia natural, escrita en 22 ejercitaciones, diatribes o capítulos... por Don Josef Pellicer de Salas y Tobar... Madrid, 1603, fol. 107.*)



Calderón *Los hijos de la fortuna* y otra más antigua del doctor Montalbán *Tedgenes y Clariquea*.

Afortunado hubiera sido Aquiles Tacio Alejandrino en encontrar por intérprete a D. Francisco de Quevedo, si la versión que éste hizo de la *Historia de los amores de Leucipe y Clitophonte* conforme a la letra griega no hubiese padecido el mismo naufragio que otras obras suyas, quedándonos sólo su memoria en las notas del *Anacreonte Castellano* del mismo Quevedo (1). Y habiéndose perdido también, lo cual es menos de sentir, el *Poema Jónico o Epica Griega*, extraño título que dió a su traducción derivada del latín, aunque «enmendada», según dice, «por el original griego» el inagotable *grafómano* don José Pellicer de Ossau Salas y Tovar (2), sólo corrió de molde una paráfrasis harto infiel que don Diego de Agreda y Vargas, novelista mediano y poco original, publicó en 1617, valiéndose de la traducción toscana de Francesco Angiolo Coccio (3).

Pero ya en 1552 gran parte de los episodios de esta novela habían venido, a través de otra traducción italiana menos completa, a incorporarse en un libro español por varias razones notable que publicó en Venecia el poeta alcarreño Alonso Núñez de Reinoso con el título de *Historia de los amores de Clareo y Florisea y las tristezas y trabajos de la sin ventura Isea, natural de la ciudad de Éfeso* (4). Ya Liebrecht indicó, aunque sin

(1) De esta versión, que desgraciadamente ha perecido como tantas otras cosas de su autor inmortal, nos da razón el mismo Quevedo en los comentarios de su *Anacreon Castellano*.

Oda V: Sólo es de advertir que el ingenioso Achilles Stacio, en los *Amores de Clitophonte y Leucippe*, lib. II, al principio, dice esto mismo de la rosa con las mismas palabras en boca de Leucippe, que canta sus alabanzas. Pongo, por haberlo traducido, las palabras castellanas:

«Luego cantó otra cosa menos áspera, como fueron las alabanzas de la rosa, de esta manera: Si Júpiter hubiera de dar rey a las flores, a ninguna hallara digna de este imperio sino a la rosa, porque es honra del campo, hermosura de las plantas, ojo de las flores, vergüenza de los prados y la más hermosa de todas ellas. Espira amor, es incentivo de Venus, adórnase con olorosas hojas, deleita con ellas, pues de tiernas se ríen con Zéphiro temblando. Esto era en suma lo que cantaba». Hasta aquí Achilles Stacio Alexandrino. Tiénese por cierto que es himno de Sapho acomodado aquí.

Oda XLIII:

Confirma esto Achilles Stacio Alexandrino en su *Clytophon y Leucippe*, lib. I: «En el bosque de las aves, unas eran domésticas y regaladas con mantenimiento humano, y así se sustentaban con él; otras libres jugaban en las copas de los árboles, y parte insignes por su propio canto, como las cigarras y las golondrinas». Y más adelante dice: «Las cigarras cantaban los retretes del Aurora, y las golondrinas las mesas de Tereo». Aquí también las llama insignes por su voz, y el decir que canta los aposentos del Aurora, no es más de decir que canta a la mañana, que puede ser en agradecimiento del sustento que le da en su rocío.

(Anacreon Castellano con Paraphrasis y Comentarios por Don Francisco Gomez de Quevedo... Madrid, 1794, en la Imprenta de Sancha, pp. 112-113 y 147).

(2) En el catálogo de los *Libros de D. Joseph Pellicer, que se perdieron llevados de su Estudio*, figura con el núm. 2 el siguiente artículo:

—*Historia o Epica Griega de Leucippe i Clitophonte, Poema Ionico.*

«Escriviola Achilles Tacio Alexandrino, que despues fue Obispo, como escribe Suydas. Traduxola en Latin Anibal Crucio Milanés, y en Castellano Don Joseph Pellicer, Emendada por el Original Griego. Teniala ya con licencia para imprimirla el año 1628, que permanece original en poder suyo, haviendola aprobado Don Lorenzo Vander Hammen y Leon, a catorce de Marzo de 1628, donde dize: *Está paraphraseado con valentia por ser Don Joseph de los que mejor saben la Lengua Materna, y en las que veneran los Estudiosos exercitadísimo. Hurtaronla i jamas parecio.* (Bibliotheca formada de los libros i obras públicas de Don Joseph Pellicer de Ossau y Tovar... En Valencia por Geronimo Vilagrassa, 1671. Pág. 152).

(3) *Los amores de Leucipe y Clitofonte... En Madrid por Iuan de la Cuesta. Año M.DC.XVII (1617), 8.º.*

La traducción de Coccio, que sirvió de texto a la de Agreda y Vargas, puede verse en la *Collezione degli erotici greci tradotti in volgare* (Florencia, 1833). La primera edición es de Venecia, 1550.

(4) *Historia de los amores de Clareo y Florisea, y de los Trabajos de Isea, con otras obras en*

pararse a puntualizarlo, que esta obra era imitación de *Leucipe y Clitofonte*. Lo es, en efecto, pero sólo de los cuatro últimos libros, únicos que Reinoso conocía, según confiesa en su prólogo: «Habiendo en casa de un librero visto entre algunos libros uno que *Razonamiento de amor* se llama, me tomó deseo, viendo tan buen nombre, de leer algo en él; y leyendo una carta que al principio estaba, vi que aquel libro había sido escrito primero en lengua griega y después en latina, y últimamente en toscana; y pasando adelante hallé que comenzaba en el quinto libro. El haber sido escrito en tantas lenguas, el faltarle los cuatro primeros libros fue causa que más curiosamente desease entender de qué trataba, y a lo que pude juzgar, me pareció cosa de gran ingenio y de viva y agraciada invención. Por lo cual acordé de, imitando y no romanzando, escribir esta mi obra, que *Los amores de Clareo y de Florisea y trabajos de la sin ventura Isea* llamo; en la cual no uso más que de la invención, y algunas palabras de aquellos razonamientos».

Alonso Núñez omite el nombre del autor griego a quien verdaderamente imita, porque de seguro la obra era anónima para él. *Los Ragionamenti Amorosi*, de que él se valía, eran los de Ludovico Dolce, impresos en 1546, y en ellos la novela se da como fragmento de un antiguo escritor griego (1). Anónima estaba también en la versión latina que siguió Dolce, que es la primera de Anibal Cruceio milanés, impresa en 1544 y dedicada a don Diego Hurtado de Mendoza (2). Tal omisión se explica teniendo en cuenta que Cruceio tradujo de un manuscrito griego imperfecto, donde faltaban los cuatro primeros libros, y con ellos el nombre del autor, y sólo diez años después llegó a descubrir la obra entera con la noticia de su legítimo dueño.

Disipada, pues, la oscuridad que hasta ahora envolvía los orígenes de *Clareo y Florisea*, a pesar de la honrada y leal confesión de su autor, conviene estudiar en la novela misma los cambios, adiciones y supresiones que en ella hizo el imitador. Consta *Clareo y Florisea* de treinta y dos capítulos, pero la imitación de *Leucipe y Clitofonte* termina en el diez y nueve. Aun en estos primeros capítulos hay algunos enteramente ajenos a la fábula griega, que por lo demás sigue con bastante fidelidad, traduciendo pasajes nada cortos. Pero suele abreviar con buen gusto las interminables descripciones en que se complace el gusto sofisticado de Aquiles Tacio, y prescinde casi siempre de sus digresiones geográficas y mitológicas, tan curiosas algunas. Reducida la acción a sus elementos novelescos, todavía hizo en ellas algunas alteraciones más o menos felices. Como no conocía los cuatro primeros libros de la novela griega, ni el motivo del viaje de Leucipe y Clitofonte (nombres que cambió por los menos exóticos de Clareo y Florisea), tuvo que inventarle, e imaginó una combinación que luego reprodujo Cervantes en el *Persiles*, Clareo y Florisea son prometidos esposos; pero el primero, a causa de un voto o pro-

verso, parte al estilo español y parte al italiano, agora nuevamente sacada a luz... En Venecia por Gabriel Giolito de Ferraris y sus hermanos, 1552.

La novela de Reinoso figura en el tomo de *Novelistas anteriores a Cervantes* de la Biblioteca de Rivadeneyra.

Por no haber entendido la portada, dice Brunet, disparatadamente, que «el estilo de esta novela es una mezcla de español e italiano». Cita una traducción francesa tan rara como la obra primitiva:

*La plaisante histoire des amours de Florisee et de Clareo, et aussi de la peu fortunée Isea, trad. du castillan en françois par Jacq. Vincent. Paris, Kerver, 1554, 8.º.*

(1) *Amorosi Ragionamenti. Dialogo nel quale si racconta un compassionevole amore di due amanti, tradotto per M. Ludovico Dolce, dal fragmento d' uno antico Scrittore Greco... In Vinezia appreso Gabriel Giolito de Ferrari. M.D.XLVI.*

(2) *Narrationis amatorie fragmentum e graeco in latinum conversum, Annibale Cruceio interprete. Lugduni, apud S. Gryphium, 1544, 8.º.*



mesa, había dado palabra de no casarse con Florisea en un año, «sino tenella como su propia hermana». Con la llegada a Alejandría de ambos amantes comienza la imitación de Aquiles Tacio, conservando algunos nombres del original y cambiando otros. Menelao, por ejemplo, es en el texto griego un amigo fiel de Clitofonte; en el español desempeña el mismo papel que el corsario Cherea de la primitiva novela. Roba a Florisea con engaño, y viéndose perseguido en la mar, finge descabezarla y echar su cuerpo a las olas, inmolando en lugar suyo a una infeliz esclava. Clareo queda solo e inconsolable en Alejandría, donde se enamora de él una dama rica y hermosa, que en nuestro libro se llama Isea y en el de Aquiles Tacio Melita, la cual se creía viuda por tener falsas nuevas de haber naufragado su marido. Clareo resiste por largo tiempo al amoroso asedio de la apasionada Isea, pero vencido por lo precario de su situación y por los consejos e instancias de su amigo Rosiano acaba por consentir en el matrimonio, si bien poniendo por condición que no se consumará hasta que lleguen a Éfeso, patria de la supuesta viuda. Hacen, en efecto, el viaje, pasando el suplicio de Tántalo la pobre Isea; pero Clareo, siempre fiel a la memoria de Florisea, inventa nuevos pretextos para dilatar la unión conyugal, y entre tanto encuentra a su amada entre las esclavas de su nueva mujer. Para complicar la situación, sobreviene en mal hora Tesiandro (Tersandro en Aquiles Tacio), el marido de Isea, que pasaba por muerto; arma tremendo escándalo en su casa, insulta y golpea furiosamente al que tiene por adúltero, y acaba por hacerle encerrar en una prisión y someterle a un proceso. Un confidente de Tesiandro le habla de su esclava Florisea, ponderándole su hermosura; la ve, queda prendado de ella; intenta vencer brutalmente su resistencia, y no lográndolo, la secuestra en escondido lugar y hace correr voz de que había sido asesinada. Llega la falsa noticia al preso Clareo: cae en la más negra desesperación, y para salir pronto de esta vida y vengarse al mismo tiempo de Isea, a quien tiene por autora o instigadora del crimen, se declara culpable de él y la delata como cómplice. Es sentenciado a muerte, pero le salva la oportuna aparición de Florisea, que ha logrado escapar de su encerramiento y viene a poner eh claro la verdad de todo. Los dos amantes vuelven a su patria Bizancio, donde celebran sus bodas, y la infortunada Isea, en cuya boca pone el autor castellano la narración de todos estos trabajos, que en la novela griega cuenta el mismo Clitofonte, vuelve a peregrinar por tierras y mares, pero ya como mera espectadora de muy diversas aventuras.

Comparado este relato con el de Aquiles Tacio, se observan algunas modificaciones muy felices. Reinoso ha ennoblecido el carácter de Clareo; le ha hecho menos pasivo, menos quejumbroso, menos apocado y cobarde que en la novela original, donde todo el mundo aporrea impunemente al triste Clitofonte, sobre todo el brutal marido de Isea. Ha presentado con más tino y delicadeza la pasión de la viuda, que llega a interesar en algunos momentos por lo patético y bien sentido de sus quejas. Otro rasgo notable de depuración moral y estética a un tiempo se debe al imitador español. Tanto Clareo como Isea quedan libres de toda mancha y sospecha de adulterio, ni involuntario siquiera, si vale la expresión. Por el contrario, Aquiles Tacio hace que Melita, aun después de la vuelta de su marido, insista en su furiosa pasión y logre triunfar por una vez sola de la resistencia de Clitofonte; con lo cual destruye todo el pensamiento de su obra, fundada en la mutua fidelidad de Leucipe y su amante. Esta distracción del novelista griego tiene consecuencias análogas a las que trajo en el *Amadís* la famosa enmienda de Briolanja, Leucipe, que había guardado incólume su castidad, puede arrostrar impávida la prueba de la gruta de la siringa, que sonaba melodiosamente cuando entraba una virgen (aven-

tuña tan parecida a la del *arco de los leales amadores*); pero Melita no puede salir airosa de la prueba del agua Stygia, sino merced a una restricción mental que dista poco de un falso juramento. Alonso Núñez suprimió estas pruebas, en lo cual no hizo bien, porque son interesantes y poéticas, y abrevió además secamente el final, suprimiendo todas las escenas del templo de Diana y la oportuna llegada de Sostrato, padre de Leucipe, que tanto contribuye al desenlace. Pero en general la novela bizantina no salió empeorada de sus manos, y aunque la prosa de Aquiles Tacio es más trabajada, su elegancia sofisticada agrada menos que la candorosa y apacible sencillez del estilo de Reinoso. La imitación clásica no se limita en éste a un solo modelo. El mismo dice en su segunda dedicatoria que quiso remedar también a Ovidio en los libros *de Tristibus*, a Séneca en las tragedias y a otros autores latinos. Con efecto, son visibles estas imitaciones, especialmente las de Séneca el Trágico. Gran parte del capítulo ix, que contiene las quejas y lamentaciones de Isea desdeñada por Clareo, está tejida con palabras y conceptos que pronuncia Fedra en el *Hipólito*, y la confidenta Ibrina representa el mismo papel que la *Nutrix* en la tragedia del poeta cordobés. Hay una bajada al infierno llena de reminiscencias del libro sexto de la *Envida*, y un lindo elogio de la vida pastoril taraceado del «*O fortunatos nimium*» de las *Geórgicas* y del «*Beatus ille*» de Horacio (1). Trozo es éste que no me parece muy inferior al celebrado discurso de Don Quijote sobre la edad de oro, con el cual tiene mucha analogía de factura. Y es cierto que Cervantes había leído con mucha atención el libro de los *Amores de Clareo*, del cual hay algunas reminiscencias en el *Persiles* (2).

Aunque la fábula general, en la primera parte del libro de Reinoso, sea la de Aquiles Tacio, hay varios episodios que parecen originales del poeta de Guadalajara, y nada tienen que ver con la antigüedad griega y latina. Tales son las maravillas de la *Insula Deleitosa* y la historia de la infanta Narcisiana, la cual era tan hermosa y tenía tanta fuerza en el mirar, que con su vista mataba; por lo cual sus padres la habían confinado en aquella isla donde ningún hombre verla pudiese, y aun allí, «tenía delante de su rostro una forma de velo o antifaces, porque así pudiera ver, y siendo por ventura

(1) «La cual vida, como yo viesse y considerase cuán buena y verdadera era, con razón comencé a decir: «¡Oh bienaventurados y venturosos pastores, a los cuales cupo por suerte tan venturosa y sosegada vida; y cómo no una vez, pero ciento os podeis llamar dichosos y bienaventurados, pues tan dulce y sosegadamente en estos valles vivis, ajenos y apartados de todas las cosas que tan gran pesar y trabajo a todos los que las buscan dan! ¡Oh cuán dulces y más sabrosas os son aquí a vosotros las claras y naturales aguas de lo que son los artificiales y escogidos vinos a los príncipes y grandes señores! ¡Oh cuán de mejor sabor es aquí la fresca y blanca leche de lo que por las ciudades son los pavos, perdices y faisanes! ¡Oh y cuán más suave olor es este que destas flores nace, que no aquel que el ambar de Oriente, ni almizquer de Levante causar suele! ¡Oh y cuán más dulce y alegremente canta aquí un pajarito de su natural, que no aquel que con grande trabajo en las cortes y grandes ciudades es enseñado! ¡Oh cuán mayor contento recebis aquí vosotros, metidos en la pastoril cabaña, de lo que reciben aquellos cuyas moradas estan frabricadas sobre altas columnas, cubiertas todas de oro y entretalladas de blanco marfil y de diversas historias todas acompañadas! ¡Oh y cuán más contenta vive aquí una serrana o pastora vestida descuidadamente con paños de gruesa lana o de lino hilados con sus propias manos, y con sus cabellos revueltos, y su blanco pie descalzo, y el grosero huso en la mano, cantando por estos campos, de lo que vive la honesta y recogida doncella, a la cual sobran los paños de seda y las joyas de oro, las piedras y perlas que no tienen precio, pero falta el contento, que de todo es lo mejor y más principal y de mayor estima».

(2) *Persiles* y *Sigismunda* fingen ser hermanos en cumplimiento de un voto, y en esta ficción está basada la novela. Clareo promete no casarse con Florisea, sino «tenella como su propia hermana» durante el término de un año. Las pretensiones del príncipe Arnaldo respecto de la fingida Auristela (en el capítulo segundo del *Persiles*) están presentadas del mismo modo que las del corsario Menelao respecto de Leucipe en el capítulo VI del *Clareo*. Sin gran trabajo podrían notarse otras semejanzas o coincidencias.